

## CAPÍTULO XVI

FIN DEL IMPERIO ROMANO DE OCCIDENTE.  
REVOLUCIÓN DE LOS ESCLAVOS E INVASIÓN  
DE LOS BÁRBAROS <sup>185</sup>

*La sociedad de los siglos iv y v.* — En los siglos iv y v la evolución social del Imperio mantuvo la misma dirección que había tomado ya mucho tiempo antes. En la segunda mitad del siglo iv se había venido formando definitivamente un sistema original de relaciones fundado sobre la economía cerrada natural y sobre la servidumbre, característico de la época final del Imperio. La decadencia del comercio <sup>186</sup> encontró su expresión incluso en todas las formas de pago al Estado o por parte de éste: los tributos, los sueldos, etc., fueron pagados en especie. Empleados y soldados recibían sus haberes bajo la forma de productos, vestidos, muebles. Se trataba de mercaderías provenientes de los almacenes estatales, que a su vez se abastecían con lo que le traían los contribuyentes en concepto de tributos. Sólo los militares y los funcionarios de grado más elevado recibían parte de sus estipendios en dinero.

El comercio se contrajo hasta tal punto que no iba más allá de los límites del mercado urbano local. Las ciudades asumieron un aspecto totalmente distinto del que antes tenían: se

<sup>185</sup> En este capítulo sólo se da una rápida visión de los hechos principales. Para detalles, deberán consultarse textos sobre la historia Medieval, por ej. *Historia de la Edad Media*, de E. A. Kosminsk, Ed. Futuro, 1959.

<sup>186</sup> Hubo un cierto despertar del comercio hacia mediados del siglo iv, vinculado con las reformas de Diocleciano y Constantino, pero fué momentáneo.

empezaron a parecer más a fortalezas que a centros comerciales e industriales; el área ocupada se redujo, el número de plazas disminuyó, sólidos muros surgieron para la defensa, etc. El centro de gravedad de la vida económica del Imperio pasó por completo a la aldea.

En el campo de las relaciones agrarias triunfó definitivamente la colonia. En el curso de los siglos iv y v el vínculo entre colonos y tierra, que de hecho existía ya antes, tomó forma jurídica con una serie de edictos imperiales que gradualmente fueron quitando a los colonos la libertad de trasladarse, trasformándolos en verdaderos siervos de la gleba. Una de las causas más importantes que indujeron al gobierno romano a unir a los colonos a la tierra fué la extrema movilidad de la población. La situación de los estratos medio y bajos de las ciudades y de las aldeas era en efecto tan difícil que todos estaban dispuestos a huir a cualquier lado con tal de sustraerse a los impuestos, a la voracidad de los funcionarios y a las deudas. Y los fugitivos afluían sobre todo a los territorios de los bárbaros. Un escritor romano del siglo v nos ha dejado un vívido cuadro de este fenómeno:

“Y mientras los pobres, las viudas y los huérfanos, despojados y oprimidos, habían llegado a tal extremo de desesperación que muchos aun perteneciendo a familias conocidas y habiendo recibido una buena educación, se veían obligados a buscar refugio entre los enemigos del pueblo romano para no ser víctimas de persecuciones injustas. Iban a los bárbaros en busca de la humanidad romana, porque no podían soportar entre los romanos la inhumanidad bárbara. Aunque eran extraños, por costumbres, por idioma, a los bárbaros, entre quienes se refugiaban, aunque les chocaba su bajo nivel de vida, a pesar de todo les resultaba más fácil acostumbrarse a las costumbres bárbaras que soportar la injusta crueldad de los romanos. Se ponían al servicio de los godos o de los bagaudos y no se arrepentían, pues preferían vivir libremente con el nombre de esclavos antes que ser esclavos manteniendo sólo el nombre de libre” <sup>187</sup>.

Pero no siempre era posible huir a las poblaciones bárbaras. Muchos se escondían en el territorio de los propietarios ricos. Para que esto resulte comprensible hay que formarse una clara idea de lo que era, en el siglo iv, la gran propiedad agraria, totalmente distinta del antiguo latifundio esclavista. En el siglo iv la propiedad se había trasformado en algo casi independiente, no sólo desde el punto de vista económico,

<sup>187</sup> Salviano, *De gubernatione Dei*, V.

sino también desde el político. El propietario era un pequeño soberano que reinaba sobre sus colonos y esclavos. Vivía en una residencia resguardada por muros fortificados, protegido por todo un ejército de siervos armados, sin preocuparse casi por el poder central y en absoluto por la política fiscal del mismo. Como quiera que fuese, no estaba en sus intereses permitir que los funcionarios imperiales arruinaran a sus colonos. He aquí por qué recaudar los impuestos de la población de las grandes propiedades era una tarea que distaba mucho de ser fácil. Es natural, entonces, que los colonos abandonaran a los pequeños y medios propietarios para trasladarse a las tierras de los grandes, donde tenían la posibilidad de encontrar una cierta defensa contra los agentes del gobierno.

La movilidad de la población trastornaba todo el sistema fiscal del Imperio. Habiendo pasado la economía al sistema de los cambios en especie, se hacía necesario calcular cuidadosamente cada unidad contribuyente. Cada persona debía permanecer inamovible en su sitio y pagar todo lo que se le imponía. Por esta razón los colonos fueron atados a la tierra; los artesanos, obligados a pagar impuestos sobre los productos de su trabajo, vinculados a sus corporaciones; las profesiones se volvieron hereditarias, quedando obligado el hijo a desempeñar el mismo trabajo que el padre.

Por culpa del empobrecimiento de la población y de la decadencia del comercio, también el artesano entró en decadencia. El gobierno no estaba en condiciones de satisfacer todos sus requerimientos con productos del artesanado, tanto para el abastecimiento de las tropas como para el de la burocracia. Se vió pues obligado a organizar talleres estatales donde trabajaban artesanos y esclavos, vinculados a ellos, en condiciones casi iguales: catalogados y sometidos a los mismos castigos corporales.

Las relaciones de servidumbre se difundieron en casi todos los aspectos de la actividad: en el comercio, en el servicio militar (el oficio de colono en las zonas de frontera se volvió hereditario), en el servicio municipal, etc. Si bien Diocleciano y Constantino habían podido postergar por algunas décadas la disgregación definitiva del Imperio, sólo lo pudieron hacer sofocando el movimiento revolucionario y presionando a todas las fuerzas productivas del Imperio. La servidumbre del

siglo iv era la expresión de este colosal esfuerzo provocado por la reacción política y de la total destrucción de los antiguos vínculos económicos de la sociedad esclavista. Pero se trataba del último esfuerzo. La situación interior y exterior del Imperio había llegado en el siglo iv a un grado de tensión tal, que era inevitable un nuevo estallido.

Engels<sup>188</sup> nos da una descripción clásica de la sociedad romana en vísperas de su fin:

“La llana niveladora de la dominación de los romanos en el mundo había pasado por todos los países de la cuenca del Mediterráneo, durante siglos. En todas las partes donde el idioma griego no siguió resistiéndose, las lenguas nacionales habían tenido que ir cediendo el paso a un latín degenerado; ya no había diferencias de nacionalidades: no más galos, iberos, ligurinos, nóricos; todos eran romanos. La administración y el derecho romanos habían roto en todas partes las antiguas agrupaciones y disuelto a la vez los últimos restos de independencia local o nacional. La calidad de ciudadano romano, conferida a todos, no ofrecía compensación; no expresaba ninguna nacionalidad, sino que indicaba tan sólo falta de nacionalidad. Existían en todas partes elementos de nuevas naciones; los dialectos latinos de las provincias fueron diferenciándose cada vez más; las fronteras naturales, que habían hecho ser antes territorios independientes a Italia, Galia, España y África, subsistían y teníanse en cuenta para formar, con esos elementos reunidos, naciones nuevas; en ninguna parte quedaban huellas de capacidad para desarrollarse, de energía para resistir, de fuerzas creadoras. La enorme masa humana de aquel inmenso territorio no tenía más vínculo para mantenerla unida que el Estado romano, y éste había llegado a ser con el tiempo su enemigo y su más cruel opresor. Las provincias habían arruinado a Roma; la misma Roma habíase convertido en una ciudad de provincia como las demás, privilegiada pero ya no soberana, ni punto céntrico del imperio universal, ni sede siquiera de los emperadores, quienes residían en Constantinopla, en Tréveris, en Milán. El Estado romano se había vuelto una máquina gigantesca y complicada, con el exclusivo fin de explotar a los súbditos. Impuestos, gabelas y requisas de todas clases sumían a

<sup>188</sup> F. Engels, *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, cit. págs. 167-171.

la masa de la población en una pobreza cada vez más miserable, por las exacciones de los gobernantes, de los recaudadores, de los soldados. He aquí a qué había venido a parar el dominio del Estado romano sobre el mundo: basaba su derecho a la existencia en el mantenimiento del orden en el interior y en la protección contra los bárbaros en el exterior; pero su orden era más dañoso que el peor desorden, y los bárbaros contra los cuales pretendían proteger a los ciudadanos eran esperados por éstos como salvadores.

"No era menos desesperada la situación social. En los últimos tiempos de la República, fundábase ya la dominación romana en una explotación sin escrúpulos de las provincias conquistadas; el Imperio no había suprimido aquella explotación, sino que, por el contrario, la había reglamentado. Conforme iba declinando el Imperio, más aumentaban los impuestos y gabelas, con mayor desvergüenza saqueaban y exprimían los funcionarios...

"Empobrecimiento general; retroceso del comercio, del trabajo manual y del arte; disminución de la población; decadencia de las ciudades, tránsito de la agricultura a un grado inferior; tales fueron las últimas resultas de la dominación romana universal...

"La explotación de los *latifundia*, basada en el trabajo de los esclavos, ya no producía beneficios... El cultivo en pequeño había llegado a ser la única forma remuneradora. Una tras otras fueron divididas las granjas en parcelas pequeñas y entregadas a arrendatarios hereditarios que pagaban cierta cantidad en dinero, o a *partiarii* (*aparceros*), más administradores que arrendatarios, quienes recibían por su trabajo la sexta o nada más que la novena parte del producto anual. Pero de preferencia se entregaban esas pequeñas parcelas a colonos que pagaban en cambio un interés anual fijo; estos colonos estaban ligados al suelo, hablando propiamente, pero tampoco eran libres; no podían casarse con mujeres libres, y sus uniones entre sí no se consideraban como matrimonios válidos del todo, sino como un simple concubinato (*contubernium*), por el estilo de los esclavos. Fueron los precursores de los siervos de la Edad Media.

"Había pasado el tiempo de la antigua esclavitud. Ni en el campo de la agricultura extensiva, ni en las manufacturas ur-

banas, daba ya ningún provecho que mereciese la pena; había desaparecido el mercado para sus productos. La agricultura en pequeño y la pequeña industria, que acababan de reemplazar a la gigantesca producción de los tiempos florecientes del Imperio, no tenían donde emplear numerosos esclavos, quienes no encontraban lugar en la sociedad sino como esclavos domésticos y de lujo de los ricos... La esclavitud ya no producía más de lo que costaba, y por eso acabó por desaparecer. Pero, al morir, dejó detrás de sí un aguijón envenenado bajo la forma de proscripción del trabajo productivo por los hombres libres. Tal es el callejón sin salida en el cual se encontraba el mundo romano: la esclavitud era económicamente imposible, y el trabajo de los hombres libres estaba moralmente proscripito. La primera ya no podía, y el segundo no podía aún ser la base de la producción social. El único remedio de esta situación era una revolución completa."

A fines del siglo iv estalló una nueva crisis revolucionaria sobre una base más amplia que las anteriores. Adhirieron al nuevo movimiento masas cada vez más numerosas de colonos, esclavos y artesanos. Creció la presión de los bárbaros, que entraron también en estrecha vinculación con los sectores de trabajadores sublevados. Los bárbaros se instalaron firmemente en el territorio romano. Las rebeliones de los soldados, que fueron un fenómeno tan frecuente en el siglo iii, perdieron importancia. Las reformas militares del siglo iv habían borrado casi por completo las diferencias entre tropas de frontera y población local y la barbarización progresiva del ejército había destruido cada vez más la aversión entre aquéllos que defendían el Imperio y aquéllos que lo atacaban.

Esto había creado las condiciones objetivas para la transformación del movimiento revolucionario en revolución y para su triunfo definitivo: "La revolución de los esclavos liquidó a los propietarios de esclavos y suprimió la forma esclavista de explotación de los trabajadores"<sup>189</sup>.

*Valentiniano, Valente, Graciano.* — Antes de su elección como emperador, se puso como condición a Valentiniano que nombrara un co-reinante. La ruina del Imperio y el crecimiento de la oposición entre ambas mitades, oriental y occidental,

<sup>189</sup> Stalin. *Discurso al primer congreso de Koljosianos-udarniki de la URSS.* en *Cuestiones del Leninismo*. Ed. Problemas, Buenos Aires.

habían hecho necesaria esta medida. Después de llegar a Constantinopla. Valentiniano nombró en efecto Augusto a su hermano, Flavio Valente, dándole el gobierno de Oriente, mientras él mismo se dirigía a Occidente, donde la situación en las fronteras había empeorado de nuevo. Valentiniano debía combatir contra los alemanes en el Rin, con los cuados y los sármatas en el Danubio, mientras su general Teodosio rechazaba en Britania las incursiones de los pitios, de los escotos y de los sajones. En África septentrional el mismo Teodosio sofocó un movimiento separatista-revolucionario, dirigido por el príncipe mauritano Firmo, movimiento que reunía bajo su bandera los elementos más dispares de la población local, incluyendo a los propios agonistas.

En el 367, Valentiniano nombró co-reinante a su hijo Graciano. El ejército, por su parte, aclamó a Valentiniano II, hermano de Graciano, de cuatro años de edad. De este modo, los cristianos de Occidente podían decirse gobernados por la Santísima Trinidad: el padre con dos hijos.

En el 375 Valentiniano I murió en el Danubio. Su sucesor fué Graciano, ferviente cristiano partidario de Atanasio (Valentiniano I había tratado de mantener una posición neutral). Graciano fué el primer emperador romano que renunció al tradicional título de sacerdote supremo. Publicó algunos edictos contra los heréticos y privó a los colegios paganos de los subsidios estatales.

Mucho peor iban las cosas en Oriente. Al principio Valente debió luchar contra el usurpador Procopio, pariente de Juliano, que se había proclamado emperador en Constantinopla. Estaba sostenido por sectores bastante numerosos; pero cuando Valente apareció en Asia Menor con un gran ejército, Procopio fué abandonado por sus partidarios de Constantinopla y entregado a Valente (366). Estrechamente vinculada con estos acontecimientos estuvo la guerra contra los godos, después de la cual se inició la conversión forzada de los godos al cristianismo de confesión ariana. El emperador oriental debió también combatir a los persas.

*Trasmigración de los godos.* — Pero otro grave peligro amenazaba al Imperio. Hacia el 375 numerosas tribus bárbaras marcharon desde las estepas del Cáucaso hacia Occidente. A su frente estaban los hunos, pueblo según parece de origen

mongólico. En el siglo II los hunos llevaban una vida nómada al este del Mar Caspio. De allí habían empezado a moverse gradualmente hacia occidente, sometiendo o incorporándose las tribus de las regiones septentrionales del Cáucaso. Se fué formando así una federación de hunos, alanos, godos, etc. La parte de los godos que vivía en la región del Danubio inferior había pedido a Valente autorización para fijar su residencia en territorio romano. El emperador había consentido a condición de que los godos se desarmaran. De este modo, numerosos bárbaros habían cruzado el Danubio (y muchos llevaron secretamente armas).

*Reuelta del 378.* — Los godos, que se establecieron en Mesia, permanecieron un tiempo tranquilos. Pero la corrupción y las arbitrariedades de los funcionarios los obligaron a retomar las armas. Valente, comprendiendo que con sólo sus fuerzas no podría dominarlos, hizo venir de Galia a Graciano, que acababa de rechazar las correrías de los alemanes. Graciano acudió en su ayuda, pero ya antes de su llegada Valente dió batalla a los godos frente a Adrianópolis (9 de agosto del 378). El ejército romano fué destruído y el propio emperador murió en el combate. Hay muchos motivos para pensar que parte de sus tropas, compuestas esencialmente por bárbaros, lo abandonó para pasarse a los godos.

Luego los godos, no encontraron ninguna resistencia organizada, se diseminaron por la península balcánica. Amiano Marcelino, contemporáneo de los acontecimientos mencionados, nos ha dejado una descripción de la invasión de los godos:

“Los godos, diseminados por toda la costa de Tracia, avanzaban cautamente, mientras algunos hombres que se habían rendido en forma espontánea o fueron hechos prisioneros, les mostraban las localidades más ricas, y especialmente aquéllas que tenían fama de estar bien abastecidas de vituallas. Su coraje innato crecía enormemente al ver cómo día a día se unían a ellos numerosas personas de su propia estirpe, personas hace tiempo vendidas a los mercaderes, y otros también que en los primeros días de la travesía se habían entregado por un sorbo de vino o un trozo de pan. A éstos se unieron también muchos trabajadores de las minas de oro que no podían soportar más los graves tributos que se les imponían y que, recibidos por todos con gran benignidad, prestaban un valiosísimo servicio a esta gente que viajaba por países desconocidos, mostrándoles los depósitos secretos de víveres y los escondrijos más adecuados”<sup>190</sup>.

<sup>190</sup> *Historia*, XXXI, 6, 5, 6.

El valor de este testimonio está dado por la claridad con que nos revela las fuerzas que se movían en la última fase de la revolución de los esclavos. La característica de esta fase es justamente el estrecho vínculo que se crea entre esclavos, colonos, obreros y bárbaros. En toda la historia anterior de Roma, nunca hemos visto un frente único de trabajadores, y elementos oprimidos. Las revueltas (cualquiera fuese su importancia), tenían un carácter local y las más de las veces no coincidían en el tiempo. Los esclavos actuaban independientemente de los campesinos y de la plebe ciudadana: alguna coalición eventual que se produjo había tenido un carácter casual e inestable. Sólo entonces la revolución empezó a abrazar todo el Imperio, y sólo entonces se fué formando un frente único revolucionario. Esto era posible porque las relaciones de servidumbre unían en una sola masa compacta a todos los sectores trabajadores del Imperio. En la opresión y en la servidumbre general que caracterizó los últimos siglos del Imperio había desaparecido la antigua diferencia entre esclavo y pobre libre, entre esclavo y colono, entre campesino y artesano de la ciudad. Todos estaban oprimidos por igual, todos odiaban por igual al explotador común: el Estado romano.

A la fuerza revolucionaria interna se agregó una exterior: los bárbaros. Antes del final del siglo iv, no hemos notado contacto alguno entre ambas fuerzas, y tampoco era fuerte la presión de los bárbaros antes del siglo iii. Sólo desde entonces la presión de los bárbaros sobre las fronteras del Imperio se hizo efectivamente consistente, y esto se debió a la concentración de bárbaros en grandes formaciones y a la constitución de verdaderas federaciones. La disgregación de la organización basada en la familia, la diferenciación de una clase dirigente y la aparición de milicias fueron los elementos que determinaron la concentración de los bárbaros. Y como los esclavos romanos y una parte considerable de los colonos pertenecían a esos mismos bárbaros, y como tenían ambos un enemigo común, Roma; se habían dado con eso las premisas para un estrecho contacto. En el mejor de los casos (para Roma) los esclavos y los colonos asumían una posición de amistosa neutralidad; en el peor, se pasaban abiertamente del lado de los bárbaros.

Esta vez el Estado esclavista, disgregado económica y socialmente, no estuvo en condiciones de sostener el doble golpe

de la revolución interior y de la presión de los bárbaros sobre las fronteras. Por eso debió caer.

*Teodosio. Victoria definitiva del cristianismo.*—Graciano, que debió regresar a Galia para rechazar a los alemanes, nombró Augusto para Oriente a Teodosio, hijo del general Teodosio de Valentiniano, de quien ya hemos hablado. Teodosio recluso con gran dificultad un ejército en el que admitió también a una parte de los godos, e inició una lucha metódica contra los bárbaros, expulsándolos de Tracia. Sin embargo, sólo con la ayuda de Graciano, de regreso de Galia, fué posible pacificar a los godos. Se les permitió nuevamente fijar residencia en Mesia, en calidad de "aliados" (federados) con la obligación de prestar servicio militar (392).

En Oriente se produjo una relativa calma que dió a Teodosio la posibilidad de ocuparse de los asuntos de la Iglesia. Con su enérgica ayuda, la corriente ortodoxa prevaleció definitivamente sobre la ariana. Al mismo tiempo, fueron destruidos los últimos restos del culto pagano: los sacrificios prohibidos y los templos destruidos. El triunfo oficial del cristianismo fué acompañado de persecuciones y de la destrucción de los centros de la antigua civilización que hasta entonces habían sido perdonados, como el incendio del templo de Serápides por parte de la turba alejandrina, en el que se destruyeron los restos de la famosa biblioteca (391). Poco más tarde, los cristianos también mataron en Alejandría a Hipacia, filósofa de grandísima fama.

Mientras tanto el emperador Graciano había caído víctima de la lucha entre ambos partidos, romano y bárbaro, que se habían venido formando en el ambiente aristocrático. Graciano simpatizaba abiertamente con los bárbaros y había favorecido su colocación en los puestos más importantes del ejército y de la administración. En reacción ante tal política se produjo una revuelta de elementos romanos en el ejército. Estos proclamaron emperador a Magno Clemente Máximo, gobernador de Britania. En la lucha que siguió, Graciano perdió la vida (383).

Después de esto, en la mitad occidental del Imperio se produjo una década de guerras civiles y usurpaciones, en las que también tomó parte Teodosio. Uno de los momentos más interesantes fué la proclamación para emperador de Occidente de

un romano culto y rico, Eugenio, que se produjo en el 392. Éste empezó a proteger el paganismo, determinando la decidida intervención de Teodosio. Sobre la frontera entre Italia septentrional e Iliria las tropas de Eugenio fueron derrotadas y su jefe encontró la muerte (394). Luego Teodosio reunió bajo su poder todo el Imperio, pero sólo por algunos meses, pues murió a principios del 395.

*División del Imperio en dos partes.*— Desde ese momento el Imperio no estuvo reunido ni una sola vez. Mucho antes de morir Teodosio había nombrado Augusto de Oriente a su hijo primogénito Flavio Arcadio. Durante la guerra contra Eugenio, el segundo hijo de Teodosio, Flavio Honorio, había sido nombrado soberano de Occidente. Ambos Augustos eran jóvenes. Por eso Teodosio puso a su lado consejeros expertos: para el primero, el galo Rufino, prefecto del pretorio; para el segundo, el vándalo Estilicón, jefe del ejército. Después de la muerte de Teodosio surgieron desacuerdos entre Rufino y Estilicón, que de hecho llevaron a la definitiva división del Imperio.

*Alarico y Estilicón.*— Teodosio había logrado vivir en paz con los godos, sobre todo porque los había atraído a su servicio. Con Arcadio, en Oriente prevalecieron los elementos anti-góticos, mientras que entre los godos se distinguía un jefe de talento, Alarico, a quien sus compatriotas proclamaron rey. Bajo su dirección comenzaron las nuevas incursiones por la península balcánica. Estilicón, que acudió en auxilio de Arcadio, fué de tal modo hostilizado por éste, que dejó a los godos que se retiraran al Epiro sin molestarlos (397). Cuatro años después Alarico invadió Italia, devastó las regiones septentrionales y puso sitio a Milán. Estilicón logró sin embargo concluir con él un tratado para la guerra común contra el Imperio oriental. Los godos ocuparon Iliria.

La concentración de fuerzas militares en Italia para hacer frente a Alarico había obligado a Estilicón a dejar indefensos los confines occidentales del Imperio. Tribus de vándalos, alanos, suevos y burgundos habían penetrado así en Galia y luego en España, mientras los anglos y los sajones efectuaban sus correrías desde el mar hacia Britania.

*La toma de Roma.*— Mientras tanto, también entre las tropas occidentales y en la corte de Honorio prevalecía el partido

romano. El ejército se rebeló contra Estilicón, que fué conde-nado a muerte en Ravena (408). Honorio se negó a reconocer el tratado estipulado con Alarico y los godos invadieron nuevamente Italia. El emperador, aterrorizado, se encerró en Ravena, mientras Alarico llegaba hasta Roma poniendo sitio a la ciudad. 40.000 esclavos provenientes de toda Italia fueron a ponerse del lado de Alarico y esclavos romanos le abrieron de noche las puertas de la ciudad. Roma fué saqueada despiadadamente (24 de agosto del 410).

La toma de Roma no tenía, en aquellos tiempos, ningún significado estratégico, pero la impresión moral y política de este acontecimiento fué enorme. Desde el 390 a.C., la "ciudad eterna" había permanecido inviolable durante 800 años, su poder había dejado una huella profunda sobre todo el mundo civilizado del Mediterráneo; parecía que no hubiera habido fuerzas capaces de dominar a la dueña del universo. Y he aquí que la alianza de esos mismos esclavos y bárbaros que durante muchos siglos habían sido el objeto de la explotación romana había hecho precipitar al soberbio coloso. "Es sabido —ha dicho Stalin en el XVII Congreso del partido— que la antigua Roma consideraba a los antepasados de los franceses y los alemanes de nuestros días exactamente del mismo modo que los representantes de la "raza superior" consideran hoy a las naciones esclavas. Es sabido que la antigua Roma los trataba como "raza inferior", como "bárbaros", destinados a someterse eternamente a la "raza superior", a la "gran Roma", y —dicho sea entre nosotros, la antigua Roma tenía alguna razón en hacerlo—, lo que no puede decirse de los representantes de la actual "raza superior". ¿Pero cuál fué el resultado? Que los no romanos, es decir todos los bárbaros, se unieron contra el enemigo común y como una tempestad abatieron a Roma<sup>191</sup>.

En la compleja y larga cadena de acontecimientos que determinaron la gran catástrofe de la caída del mundo antiguo, el día 24 de agosto del 410 tiene una gran importancia de principio. Determinar con precisión la fecha del fin del mundo esclavista es naturalmente algo imposible, pues se trató de un largo proceso; pero si una fecha hay que elegir, ninguna se adapta más que la toma de Roma por parte de Alarico.

<sup>191</sup> Stalin, Informe al XVII Congreso del partido sobre la actividad del Comité Central, en Cuestiones del Leninismo.

*Los bárbaros en el territorio del Imperio.*—Después de haber saqueado Roma, los bárbaros se encaminaron hacia el sur con la intención de ocupar Sicilia y África. Pero en la Italia meridional Alarico murió de improviso. Su yerno y sucesor Ataúlfo llevó a los bárbaros a la Galia sur-occidental y a España, donde éstos se establecieron sólidamente. Los vándalos pasaron de España a África septentrional, expulsando de allí a los romanos, con la ayuda de los colonos y los esclavos. En el 455 los vándalos, al mando del rey Genserico, desembarcaron en Italia y ocuparon Roma. La ciudad fué saqueada nuevamente y en medida mayor aún de lo que lo habían hecho los godos.

A mediados del siglo v una parte considerable del Imperio occidental estaba ocupada ya por los bárbaros. A más de los godos y los vándalos, estaban los anglo-sajones en Britania, los francos en la Galia septentrional y los burgundos en el Ródano y el Saona. Al mismo tiempo se había formado en Panonia una nueva federación de tribus encabezada por el jefe huno Atila. Al principio los hunos habían devastado despiadadamente la península balcánica y habían obligado al emperador de Oriente, Teodosio II, a pagarles un tributo. Luego habían marchado hacia Occidente. En el 451 Atila había invadido Galia. En los Campos Cataláunicos, en la Galia Oriental, se opusieron a él los francos, los godos y los burgundos al mando del general romano Ecio. La batalla se desarrolló encarnizadamente por ambos lados, pero finalmente los bárbaros orientales decidieron regresar sobre sus propios pasos y volvieron a cruzar el Rin.

En el 452 Atila invadió la Italia septentrional, la devastó, pero no siguió hacia el sur. La leyenda cuenta que había desistido de marchar sobre Roma gracias a la insistencia de una embajada de la que formaba parte también el obispo (papa) León. En realidad, parece que Atila fué retenido en cambio por el temor de la peste y del hambre que por entonces asolaban a Italia. Al año siguiente, murió Atila, que había sido llamado por los escritores cristianos "castigo de Dios", y la federación hunica se disolvió rápidamente.

*Deposición de Rómulo Augústolo.*—De hecho, el Imperio Romano de Occidente ya no existía más. En Italia existía todavía formalmente un ilusorio poder de los emperadores, pero

se trataba de fantoches sin autoridad en manos de los jefes de las tropas mercenarias bárbaras. En el período de tiempo comprendido entre el 455 y el 476, se sucedieron hasta nueve de estos "emperadores"<sup>192</sup>. Ninguno de ellos gobernó más de 5 años y todos fueron depuestos por la fuerza. Finalmente, en el 476 uno de los bárbaros, Odoacro, después de haber depuesto al joven emperador Rómulo, apodado Augústolo, decidió poner fin a la comedia. Envió una embajada al emperador de Oriente, Zenón, pidiéndole que no nombrara más emperadores para Italia y le encargara el gobierno a él, Odoacro, con el título de patricio romano. A Zenón no le quedó otro remedio que reconocer la situación de hecho...

*La suerte del Imperio Romano de Oriente.*—Ya hemos hablado de las causas que determinaron una mayor resistencia por parte de la mitad oriental del Imperio: las antiguas tradiciones de los artesanos, el sistema de rutas comerciales más desarrollado, una mayor civilización de su población en conjunto. El mismo sistema esclavista no había alcanzado nunca en el Oriente helenista el grado de desarrollo que había tenido en el Occidente romano. En el esclavismo oriental (e incluso en el griego) se habían conservado muchos elementos de formas de dependencias más primitivas y por eso más blandas, formas que recordaban exteriormente la servidumbre de la gleba. De ahí que las fuerzas productivas de Oriente, menos minadas por la esclavitud, resistieran por más tiempo la terrible crisis que había tocado a Occidente. Pero la diferencia existente entre ambos Imperios no era una diferencia de principio, no era tanto una diferencia cualitativa cuanto una diferencia cuantitativa, y el destino histórico del antiguo Oriente no podía diferir del de Occidente.

A mediados de siglo iv, el Imperio Oriental (o Bizantino) había hecho un grandioso esfuerzo por restaurar el antiguo poderío romano. El emperador Justiniano había iniciado grandes guerras contra Occidente. Sus generales Belisario y Narsetes habían logrado retomar a los vándalos el África septentrional, arrancar a los godos Italia y la región sur-oriental de España. Bizancio pretendió también ser la depositaria de la civilización del mundo antiguo. Con Justiniano se llevó a cabo

<sup>192</sup> Máximo, Avito, Mayoriano, Libio Severo, Antemio, Ilibrio, Glicerio, Julio Nepote y Rómulo.

un gran trabajo que tuvo como resultado el famoso *Corpus iuris civilis*. El grandioso templo de Santa Sofía en Constantinopla debía ser el testimonio del poderío del Imperio y de la devoción del emperador.

Sin embargo, estos éxitos logrados al precio de una colosal dispersión de dinero y de fuerzas, son discutibles. Con los persas hubo que acordar el pago de una contribución anual; en las fronteras septentrionales se había contenido a duras penas la presión de los esclavos, que habían penetrado en masa en la península balcánica; en la propia Constantinopla estalló, en el 532, una terrible revuelta popular que duró 6 días y casi le cuesta el trono al propio Justiniano. Los revoltosos fueron finalmente reducidos en el hipódromo, donde las tropas del gobierno masacraron a 40.000 personas.

Ya a fines del gobierno de Justiniano aparecieron los síntomas de la crisis, determinada por la tensión sobrehumana de todas las fuerzas del Imperio, y con sus sucesores llegó la catástrofe: el total agotamiento del tesoro, el hambre, las rebeliones y la pérdida de casi todas las conquistas de Justiniano. Además, a comienzos del siglo VII los persas desencadenaron la ofensiva general sobre las fronteras orientales, y en poco tiempo el Imperio perdió a Egipto, Siria y Palestina, mientras brigadas de la vanguardia enemiga llegaban hasta el Bósforo. Al mismo tiempo, los esclavos y los avars ponían sitio a Constantinopla.

También es cierto que el emperador Heraclio (610-641) logró derrotar a los persas y retomar las provincias orientales perdidas, pero es igualmente cierto que no las mantuvo mucho tiempo. En el mismo período en que Heraclio combatía con éxito a los persas, las tribus árabes se unían bajo el signo de una nueva religión, el Islam. Alrededor de 630 empezaron los primeros ataques de los árabes contra Palestina y Siria, y hacia el 650 Palestina, Siria, Mesopotamia, parte del Asia Menor, Egipto y parte del África septentrional se encontraban ya bajo el dominio de los árabes. En las décadas sucesivas los árabes construyeron la flota, ocuparon las islas de Chipre y Rodas y a través del Mar Egeo llegaron hasta Constantinopla, a la que pusieron sitio. Bizancio pudo, en ese momento, rechazar el ataque a la capital, pero había perdido definitivamente todas sus posesiones de más allá del Bósforo.

La rapidez de la conquista árabe se debe a las mismas causas

que hicieron fáciles las invasiones de los bárbaros: la población indígena oprimida no sólo no ofrecía ninguna resistencia, sino que recibía a los árabes con alegría, considerándolos libertadores.

De este modo, hacia el siglo VIII el Imperio Oriental estaba limitado a la península balcánica, a parte del Asia Menor y de las islas del Mar Egeo. Por otro lado, también los territorios restantes estaban densamente poblados por bárbaros (por ejemplo los eslavos de la península balcánica). En ellos, igual que en los primitivos estados bárbaros de Occidente, comenzaron a desarrollarse las relaciones feudales del Medioevo de la unión de las relaciones de servidumbre de fines del Imperio con la organización comunal aportada por los bárbaros. El proceso de la caída de la sociedad esclavista y de la formación del feudalismo fué igual tanto en el Occidente como en el Oriente mediterráneos. La antigua esclavitud y la civilización que sobre ella se fundaba habían desaparecido, pero no sin dejar su rastro: en el terreno preparado por los milenios de historia de la antigua civilización había crecido un nuevo sistema social, más alto, más correspondiente al desarrollo histórico.